

l a p r á c t i c a e d u c a t i v a

Maestro y alumno adolescente: mitos y realidades de su encuentro

Rafael Azuela de la Cueva

El psicoanálisis como método de investigación y como teoría de las motivaciones de la conducta se ha encontrado a lo largo de su historia con las disciplinas desarrolladas en torno a la educación y ha ofrecido aportaciones de reconocido valor a la labor docente. Por eso conviene regresar a este encuentro para resaltar, otra vez, ciertas condiciones de la relación maestro-alumno sobre las que esta especialidad psicológica ha ofrecido una luz para su mayor comprensión y mejoramiento.

En este espacio nos dedicaremos a la relación maestro-alumno adolescente, y en particular, a los distintos elementos de presión a los que ambos se ven sujetos a propósito del proceso de identidad del joven. Proceso que imprime un sello particular a la experiencia educativa en esta vital etapa del desarrollo.

Así, las siguientes reflexiones giran en torno a dicho proceso de identidad y se desarrollan sobre cuatro ejes básicos:

1. La desidealización sufrida por el joven respecto a sus padres junto con sus pautas culturales correspondientes es, en esta etapa adolescente, el motor básico de su proceso de identidad.

2. El proceso de identidad es, antes que nada, un proceso cultural, porque su desarrollo y resultado se realizan so-

bre pautas culturales concretas y específicas.

3. La experiencia educativa institucional se realiza, como producto cultural, en un contexto histórico determinado, y por lo tanto se verá sujeta a pautas culturales específicas que condicionarán su desarrollo.

4. Maestro y alumno adolescente sostienen una relación en torno a una tarea formal que es la de enseñar y la de aprender, tarea cuya condición formal es siempre rebasada por las condiciones biológicas, psicológicas y culturales que hacen de la experiencia educativa un proceso mucho más complejo de lo que suele considerarse.

En este artículo nos dedicaremos al cómo y al porqué de dicha complejidad.

En el terreno del desarrollo adolescente, la teoría psicoanalítica, a través de algunas de sus corrientes, nos ha dado la inteligencia del fenómeno de la desidealización como aquel momento en el cual el individuo confronta la imagen infantil que tiene de sus padres con la realidad concreta de una madre que no es incondicional y de un padre que no lo sabe ni lo puede todo.

El antecedente de este fenómeno es la idealización infantil, que tiene como fines ofrecer al niño en crecimiento mo-

delos a los que intenta ajustarse e imágenes internas que lo defienden de sentimientos y emociones displacenteras provocadas, tanto por conductas inesperadas en los padres, de los que el niño requiere predicibilidad para su propio desarrollo, como por demostraciones de la realidad que refutan las fantasías de grandiosidad y perfección generadas en él.

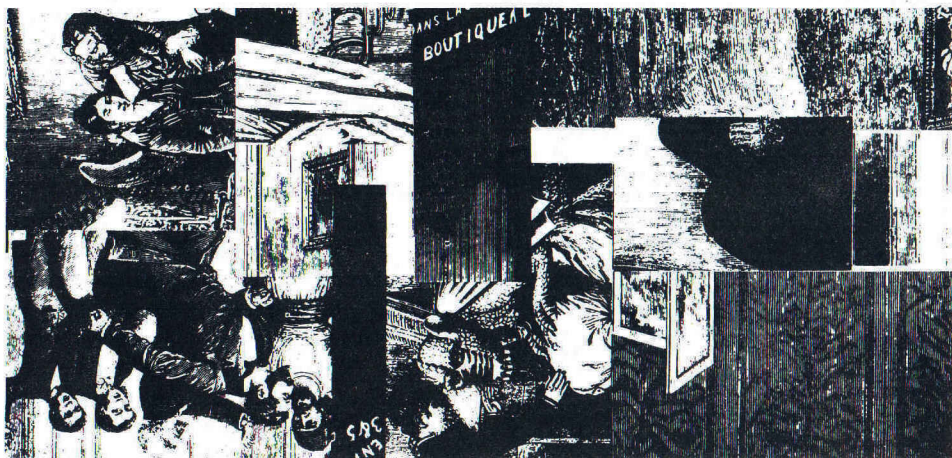
Al término de la infancia se inicia con la pubertad otra etapa plástica del desarrollo y que tiene como uno de los principales ejes el proceso de identidad. Mediante este proceso el adolescente construye, con distintos grados de éxito, una nueva visión de sus padres, de sí mismo y del mundo.

Este proceso de la identidad se sustenta, para llegar a una suficiente consolidación, en la desidealización que implica necesariamente una renuncia a los deseos de perfección propia, relacionados con las imágenes de los padres de la pasada infancia. Renuncia que significa, aunque de manera dolorosa y a veces vivida trágicamente en el mundo del joven, la única posibilidad para tener acceso a la maduración y al desarrollo.

Tal y como sucedió en la primera infancia, cuando la capacidad de demora en espera del alimento o la atención permitió la paulatina estructuración del mundo interno en desarrollo —como lo ha demostrado el psicoanálisis—, la tolerancia y las decepciones óptimas son las encargadas de dotar de independencia al sujeto, de estructurar su mundo interno de manera firme y consistente, y de moldear el carácter.

La desidealización como condición universal ha sido ya expresada por Shakespeare en su inmortal tragedia del joven Hamlet y que a continuación recordaremos brevemente.

“Algo está podrido en Dinamarca”. El rey ha muerto en circunstancias poco claras y después de un periodo de luto escandalosamente breve, la reina contrae nuevas nupcias con su cuñado, el intrigante Claudio. Una noche se le aparece a Hamlet la sombra de su padre, le revela que fue asesinado por su propio hermano, quien le ha robado a la mujer y el trono, y clama venganza. Hamlet se finge loco y, valiéndose de jóvenes actores, organiza una representación y les hace interpretar el asesinato de un rey



en circunstancias totalmente idénticas a aquellas en que fue muerto su padre. La evidente sorpresa y turbación del tío ante el espectáculo son la prueba más patente de su culpabilidad. El joven corre entonces hasta su madre y le reprocha, en una escena de violento dramatismo, su reprobable conducta. La madre muere por error al beber una copa de vino destinada a Hamlet, envenenada por Claudio; Hamlet, para entonces herido de muerte, mata al usurpador.

¿Qué relación tiene esta tragedia con lo que nos ocupa? Precisamente la desilusión propinada por los padres, simbolizada en la muerte del rey. El padre, que, siendo más débil e ingenuo que su hermano, se dejó matar. La madre, que por intereses mezquinos participa en el asesinato del esposo, padre del príncipe, y traiciona la imagen de perfección y confiabilidad que tuvo el otrora feliz Hamlet.

Lo irremediable de la muerte por envenenamiento simboliza lo irremediable del acto de la desidealización.

La tragedia habla por el joven desilu-



sionado, quien desde su mundo interno nos dice que en la realidad la virtud es difícil y la alegría se vela de un tinte melancólico.

La acción se desarrolla internamente: ¿qué otra cosa es la locura sino esto? Es adentro donde ha de elaborarse la herida de la desilusión; es la duda interna lo que ha de resolverse. Ser o no ser. Si lo que soy es en parte lo que he deseado ser y este deseo se basó en un modelo a seguir, el de mi padre, hoy decepcionante, ¿hasta dónde vale la pena el ideal?, ¿hasta dónde vale la pena continuar? He ahí el dilema.

El ser o no ser se refiere a la identidad. A lo que uno es, lo que es de uno, de lo que está uno hecho y lo que uno tiene que ser a partir de lo que ha hecho a uno.

El sino, según la literatura dedicada a la tragedia, es la carga de Hamlet. Y el sino, según esta hipótesis, son las dos posibilidades para enfrentar la herida narcisista de la desilusión: la identificación con el padre denigrado, que marca cada uno de nuestros actos devaluatorios o nuestras falsas modestias. Identificación con la que se intenta paliar el dolor de la decepción y con el que se garantiza para el futuro hacer en activo lo que se sufrió en pasivo, promoviendo a su vez la desidealización de los hijos; o la otra posibilidad, la lucha por la reparación, optando por la superación, para restablecer con ideales propios esa parte herida por la desilusión.

La herida universal, que propongo llamar "La herida de Hamlet", se origina, entonces, en el hecho de que la perfección y omnipotencia atribuidas a los padres no es tal frente a la realidad. Esta herida, que tiene implicaciones necesarias en la autoestima por la renuncia que conlleva, presenta tres posibilidades: a) la renuncia absoluta que privará